La costura del traje de la ballena

Shyvirelle · relatoscortos.org

Desde la plataforma de observación, el océano de Nácar parecía una lámina de metal oscuro. No tenía olas como las que Mara había visto en archivos terrestres. Se levantaban en él pliegues lentos, cada uno más largo que la nave, y entre esos pliegues surgían hebras translúcidas que desaparecían antes de que alguien pudiera contarlas.

Para verlas de cerca sin llevar personas al agua, la expedición había construido una envolvente flotante, enorme y ligera. Vista de perfil recordaba a una ballena: lomo abovedado, cuerpo flexible, una cola ancha que se doblaba con las corrientes. Nadie la llamaba animal. Era tela técnica, aros tensados y cámaras, un traje vacío que el océano movería por ellos.

Mara había diseñado la distribución de las cámaras. Dera dirigía la expedición y llevaba siete meses prometiendo al observatorio una panorámica completa del primer encuentro con las hebras. Enzo, encargado del sistema de expansión, insistía en que la panorámica dependía de algo más frágil que una lente: la forma que tendría el traje cuando lo sostuviera el agua.

En la prueba en seco desplegaron la envolvente entre dos soportes. La primera costura, que cruzaba el lomo, se abrió como estaba previsto y dejó visible la cámara panorámica. La segunda costura quedaba doblada bajo el vientre. No la habían podido observar por fuera: en seco, el peso del propio material la mantenía oculta.

«La hemos calculado», dijo Enzo.

«No la hemos visto», respondió Mara.

En el registro de pruebas escribieron ambas frases. Dera autorizó la salida: las corrientes estarían tranquilas durante una sola ventana de observación y repetir la maniobra consumiría la reserva que necesitaban para regresar.

La plataforma descendió hasta quedar unos metros por encima de la superficie. Los tres permanecieron sujetos a sus asientos; solo el traje salió al agua, guiado por cables. Al principio parecía un gran paquete arrugado. Luego el océano lo sostuvo y la primera costura se extendió desde el lomo hacia los costados. La envolvente se alargó y dejó una estela sin espuma.

«Panorámica disponible», anunció Mara. La imagen mostraba una franja continua de agua desde la proa de tela hasta el extremo de la cola.

Por debajo apareció el primer campo de hebras. Eran cientos de filamentos claros tendidos paralelos entre las crestas. Algunos tenían un engrosamiento redondo en el extremo, como una gota suspendida que no terminaba de caer. Nadie sabía si eran organismos, secreciones o una estructura producida por el propio océano. Por eso estaban allí.

Dera pidió bajar el traje un poco más. Enzo se negó hasta comprobar la tensión del vientre. Discutieron durante tres segundos; después una corriente lateral resolvió por ellos.

La segunda costura se abrió.

No fue una rotura. El pliegue previsto cedió de un extremo al otro y permitió que el traje ensanchara su parte inferior. La envolvente dio un giro suave, igual que un cuerpo que se acomoda para dormir. Pero la cámara panorámica estaba montada sobre ese mismo pliegue. Su soporte cambió de ángulo y la lente quedó mirando hacia la cara interior de la tela.

En la pantalla apareció un gris sin horizonte.

«No tenemos panorámica», dijo Mara.

Dera ordenó recuperar el ángulo con el motor del soporte. El motor respondió, pero el tejido expandido tapaba el campo de visión. Forzarlo podía tensar una costura que estaba trabajando bien. Enzo mostró la curva de carga: la segunda abertura había reducido el esfuerzo sobre todo el cuerpo.

«Si cerramos para recuperar la imagen, el traje dejará de flotar como lo diseñamos», explicó. «La costura no falló. Falló nuestra posición de cámara».

La nave tenía una cámara lateral de alcance corto. No podía unir las dos mitades de la escena, ni abarcar la cola, ni reconstruir lo que ocultaba el lomo. Mara la había instalado para revisar anclajes. Ahora apuntaba a un pequeño sector del agua junto a la aleta flexible.

En ese sector apareció una hebra luminosa. Se dobló frente a otra, más delgada, y por un instante formó un arco sobre ella. El extremo grueso descendió hasta tocar la superficie. La segunda hebra quedó a su sombra y ambas avanzaron juntas unos centímetros antes de soltarse.

Mara contuvo la respiración. Volvió a pasar el segmento a velocidad normal. Se veía un cambio de posición, un contacto breve y una separación. Nada más.

«Parece que la cubre», dijo Dera.

«Podría cubrirla», corrigió Mara. «También podría ser la corriente. La cámara solo ve este lado».

Enzo abrió el registro de tensiones. El traje había girado justo antes del contacto. No podían descartar que su propia estela hubiera movido los filamentos. En la pantalla lateral aún quedaba una marca clara: la hebra mayor había doblado el extremo hacia abajo antes de tocar a la menor. Esa secuencia sí estaba registrada de principio a fin.

Dera miró el tiempo restante. Si recuperaban el traje, replegaban la segunda costura y volvían a desplegarla, tal vez la panorámica quedaría en posición durante unos instantes. Tal vez también perderían la reserva de retorno. Mara conocía la importancia de esa toma para el observatorio: sin ella, el informe parecería pequeño frente a los meses de preparación.

«Podemos construir una imagen», propuso Dera. «Tomamos lo que ve la cámara lateral y lo unimos con la panorámica anterior».

Enzo negó despacio. Las dos vistas pertenecían a posiciones distintas del traje y a momentos distintos del océano. La unión tendría un centro inventado. Nadie podría

distinguir después los filamentos observados de los que el programa habría colocado para llenar el vacío.

Mara pensó en todos los mapas antiguos que parecían exactos porque escondían, tras colores uniformes, los lugares no medidos. Guardó la panorámica anterior con su hora. Guardó el video lateral con la suya. Entre ambos dejó un intervalo sin imagen.

«No vamos a dibujar lo que no vimos», dijo.

Dera no contestó enseguida. Afuera, el traje tomó otra curva tranquila. Su gran silueta de ballena se movía como si conociera el agua mejor que ellos, aunque no era más que una superficie obedeciendo fuerzas que todavía estaban aprendiendo a medir.

«Recuperen la envolvente», ordenó por fin. «La toma completa queda pendiente».

Durante el ascenso, Mara escribió una descripción sin nombres de emociones: una hebra se curvó, cubrió parcialmente a otra durante menos de un segundo y se separó. Adjuntó los registros del movimiento del traje, las dos costuras y la zona ciega de la cámara. En la última línea aclaró que el gesto podía tener más de una explicación.

De vuelta al observatorio, Dera presentó una imagen modesta: no una ballena frente a un océano inmenso, sino dos hebras cruzándose en un marco estrecho. Cuando le preguntaron por la panorámica prometida, señaló el espacio vacío del registro y explicó por qué no estaba allí.

La siguiente expedición recibió los planos con una corrección dibujada en rojo: ninguna cámara debía depender de la segunda costura sin haber visto antes su apertura en el agua. Recibió también una pregunta, no una conclusión: ¿aquel contacto se repetía cuando el traje no estaba cerca?

Mara conservó para sí una sola captura. En ella no se veía el mar entero, ni siquiera se podía afirmar que lo que aparecía estuviera vivo. Solo estaba el instante en que algo se inclinaba sobre otra cosa. Esa pequeña parte, precisamente porque no fingía mostrarlo todo, merecía ser contada.